

Guerra global contra el 99%: Cómo las elites financieras internacionales cambian los gobiernos para implementar la austeridad

ISMAEL HOSSEIN-ZADEH

Muchos países del mundo están sufriendo rebeliones armadas, sanciones económicas, guerras civiles, golpes de estado "democráticos" y/o guerras de "cambio de régimen". Entre ellos se encuentran Ucrania, Venezuela, Siria, Tailandia, Irán, Afganistán, Irak, Egipto, Yemen, Somalia y Líbano. Incluso en los países capitalistas centrales la aplastante mayoría de los ciudadanos están siendo víctimas de los brutales planes de austeridad económica

Aunque no son nuevas, las convulsiones sociales parecen haberse vuelto más numerosas en los últimos años. Comenzaron a ser más frecuentes a partir de los misteriosos ataques del 11 de septiembre contra el *World Trade Center* en 2001 y tras el colapso financiero de 2008 en Estados Unidos, que rápidamente provocó implosiones financieras y crisis económicas similares en Europa y el resto del mundo.

A pesar de sus muchas diferencias, estas turbulencias sociales comparten dos características comunes. La primera es que son en gran medida inducidas, apoyadas y orquestadas desde fuera, es decir, por los Estados Unidos y sus aliados – por supuesto, en colaboración con sus aliados de clase desde dentro. Y la segunda es que, al contrario del modelo históricamente arraigado de las revoluciones sociales, donde las masas desesperadas y excluidas se rebelaban contra las elites dirigentes, en la mayoría de las luchas recientes son las elites quienes han instigado la insurgencia y las guerras civiles contra las masas. Ambas características están, de hecho, totalmente entrelazadas: en lo esencial, reflejan los intereses compartidos y los planes de colaboración de las plutocracias internacionales en contra del 99% restante.

La lucha para universalizar la economía de la austeridad

La versión oficial (brindada por Estados Unidos y sus aliados) de que el objetivo de apoyar a las fuerzas opositoras antigubernamentales en lugares como Siria, Ucrania y Venezuela es extender la democracia no posee ya ninguna validez; se puede desechar fácilmente como un pretexto disparatado para exportar el neoliberalismo y difundir la economía de la austeridad. Existen abundantes e irrefutables evidencias que muestran que en lugares donde la mayoría de los ciudadanos votaron y eligieron gobiernos que no eran del gusto de los poderes occidentales, estos poderes movilizaron a sus aliados locales y contrataron toda clase de fuerzas mercenarias con el fin de derrocar a los gobiernos debidamente elegidos, desconociendo y anulando el resultado electoral.

Entre las descaradas intervenciones para invalidar el resultado de las elecciones y el voto de la mayoría se cuentan el apoyo a la "Revolución Naranja" en Ucrania (2004 y 2014), la "Revolución de la Rosa" en Georgia (2003), la "Revolución del Cedro" en Líbano (2005), la "Revolución del Tulipán" en Kirguizistán (2005) y la "Revolución Verde" en Irán (2009). También estaría incluida la incesante agitación contra los

gobiernos debidamente elegidos del fallecido Hugo Chávez y su actual sucesor Nicolás Maduro en Venezuela, así como el no reconocimiento (y el boicot) al gobierno debidamente elegido de Hamas en Palestina.

De ahí que los auténticos motivos de las guerras de cambio de régimen haya que buscarlos en otro sitio; concretamente, en los imperativos de expansión y acumulación de capital a nivel global. Los líderes socialistas, socialdemócratas, populistas o nacionalistas que no adopten políticas económicas neoliberales, y que se muestren recelosos a abrir completamente sus mercados al capital extranjero incontrolado, serían reemplazados por líderes manejables, o estados clientes. No se trata, desde luego, de una nueva interpretación del imperialismo económico; es tan vieja como la internacionalización del comercio y la inversión.

Lo que sí es relativamente nuevo, y parece ser el principal factor impulsor de las recientes guerras de cambio de régimen, es que tanto Estados Unidos como otras grandes potencias capitalistas se han embarcado últimamente en políticas económicas de austeridad en sus respectivos países y por lo tanto esperan, y de hecho exigen, que otros países sigan su ejemplo. En otras palabras, ya no es suficiente con que un país abra sus mercados a la inversión y al comercio con las potencias económicas occidentales. Estas potencias pretenden además que dicho país desmantele sus programas públicos sociales e implemente las medidas de austeridad del neoliberalismo.

Por ejemplo, después de resistir las presiones del imperialismo durante años, el fallecido líder Muammar al-Gaddafi cedió finalmente en 1993, y ofreció inversiones lucrativas y acuerdos comerciales a las grandes empresas petrolíferas y otras corporaciones transnacionales de las potencias occidentales. Bajo presión, incluso desmanteló completamente la tecnología nuclear de su país con la esperanza de que esto complacería a las potencias lo suficiente como para que "lo dejaran en paz", por decirlo de alguna forma. Sin embargo, ninguna de las concesiones pareció suficiente a Estados Unidos y sus aliados, ya que su régimen fue derrocado en 2011 y él, sacrificado literalmente por bandas de matones entrenadas y armadas por las potencias occidentales.

¿Por qué? Porque Estados Unidos y sus aliados esperaban más; querían que siguiera las directrices económicas de los "expertos" de las finanzas globales, es decir, de los "asesores" económicos estadounidenses y europeos del Fondo Monetario Internacional y de la Organización Mundial de Comercio; resumiendo, querían que desmantelara los programas de bienestar social de su país y reestructurara su economía siguiendo el modelo neoliberal.

El trato criminal que recibió al-Gaddafi puede ayudar a explicar por qué las potencias imperialistas han estado maquinando para derrocar los regímenes populistas/socialistas del fallecido Hugo Chávez y su sucesor en Venezuela, de los hermanos Castro en Cuba, de Rafael Correa Delgado en Ecuador, de Bashar al-Assad en Siria y de Evo Morales en Bolivia. Y también ayuda a explicar por qué derrocaron a los gobiernos nacionalistas elegidos por el pueblo de Moahammad Mossadeq en Irán, de Jacobo Arbenz en Guatemala, de Kusno Sukarno en Indonesia, de Salvador Allende en

Chile, de los sandinistas en Nicaragua, de Jean-Bertrand Aristide en Haití y de Manuel Zelaya en Honduras.

El programa imperialista de derrocar a al-Gaddafi y otros "insubordinados" proponentes de los sistemas de protección social en el extranjero, forma parte esencialmente de la misma agenda funesta de desmantelamiento de tales programas en sus propios países. Aunque la forma, el contexto y los medios utilizados para su destrucción pueden ser distintos, el sentido de los temerarios ataques a las condiciones de vida del pueblo libio, iraní, venezolano o cubano es fundamentalmente el mismo que el de las brutales agresiones a las condiciones de vida de los pobres y la clase trabajadora en Estados Unidos, Reino Unido, Francia y otros países capitalistas degenerados. De modo sutil, esta ofensiva es parte de la lucha de clases unilateral que está teniendo lugar a escala mundial. El hecho de que se recurra a medios militares y bombardeos o se lleve a cabo mediante procesos "no violentos" de carácter legislativo o judicial no supone una diferencia sustancial en lo que se refiere al impacto que estos ataques tienen en la vida y los medios de subsistencia de la gente.

Da la impresión de que el poderoso sistema plutocrático de los países capitalistas centrales no se siente cómodo desmantelando la economía del *New Deal*, las reformas socialdemócratas y los programas de protección social de sus países, mientras la gente de países más pequeños y menos desarrollados como Libia (en los tiempos de al-Gaddafi), Venezuela o Cuba disfruta de fuertes sistemas de seguridad social patrocinados por el Estado. La intolerancia de la plutocracia hacia las economías "reglamentadas" proviene del temor a que la existencia de dichos sistemas en otros lugares pueda constituir un "mal" ejemplo para los ciudadanos de los países capitalistas centrales, que podrían exigirlos.

Se dice que, en un arrebatado de honestidad, el ex presidente de Estados Unidos Harry Truman habría expresado (en 1947) la misión no declarada de Estados Unidos de globalizar su sistema económico con las siguientes palabras: "el mundo entero debería adoptar el sistema americano. Este sistema puede sobrevivir en los Estados Unidos solamente si se transforma en un sistema global" [1]. De modo semejante, se atribuye a Lord Cecil Rhodes, quien conquistara gran parte de África para el Imperio Británico, el haber sugerido en pleno apogeo del mismo que la manera más sencilla de lograr la paz era que Inglaterra convirtiese y sumase el resto del mundo (con la excepción de Estados Unidos, Alemania y las pocas potencias occidentales de aquel momento) a sus colonias. El equivalente mafioso de las declaraciones de Truman y Rhodes sería algo así como: "Lo haces a nuestro modo, o te partimos las piernas".

La mentalidad detrás de la rotunda declaración de Truman de que el resto del mundo "debería adoptar el sistema americano", ha servido como algo parecido a una misión secreta que ha guiado la política exterior de Estados Unidos desde que ocupó el lugar que hasta entonces había ostentado Reino Unido como principal potencia mundial. Esto explica, por ejemplo, el verdadero y principal motivo que hubo detrás de los enfrentamientos durante la Guerra Fría entre Estados Unidos y sus aliados de un lado, y la Unión Soviética y los suyos del otro. Aunque la versión oficial coloca a la "amenaza comunista" como el origen de las hostilidades y lo que favoreció la escalada del

conflicto, existen pruebas convincentes que muestran que no solo Joseph Stalin y sus sucesores en la Unión Soviética no tenían planes de hacer la guerra a Estados Unidos y sus aliados, sino que, en realidad, fueron ellos quienes actuaron como factor de moderación para contener los movimientos revolucionarios independentistas en el mundo. "Se olvida", señala Sidney Lens, "que durante unos pocos años después de la guerra, él [Stalin] asumió una postura extremadamente moderada... Su país había perdido 25 millones de personas en la guerra, necesitaba desesperadamente ayuda para la reconstrucción, y durante bastante tiempo siguió manteniendo la esperanza de la coexistencia. Lejos de ser revolucionario, en esos años Stalin enfrió la revolución allí donde pudo" [2].

Para avenirse con Estados Unidos y otras potencias occidentales con la esperanza de una coexistencia pacífica, Stalin a menudo aconsejó, y a veces ordenó a los partidos comunistas/de izquierdas pro-Moscú de Europa y otras partes del mundo, que dejaran a un lado las políticas revolucionarias que pudieran poner en peligro las tan esperadas posibilidades de coexistencia.

El objetivo o la misión de convertir otras economías al capitalismo estadounidense también sirve para explicar porqué Estados Unidos se ha involucrado en tantas operaciones militares y ha urdido tantos golpes de estado y cambios de régimen alrededor del mundo. La Federación de Científicos Estadounidenses ha elaborado un listado con las operaciones militares de Estados Unidos en el extranjero que muestra que en la década siguiente a la caída del Muro de Berlín (1989-99), Estados Unidos participó en 134 de dichas operaciones, la mayoría completamente desconocidas por la población estadounidense [3].

Las elites financieras globales no solo cambian los regímenes "poco complacientes" en los países menos desarrollados sino también en los países capitalistas centrales. Lo consiguen no tanto por medios militares sino haciendo uso de dos mecanismos sutiles pero eficaces: (a) elecciones artificiales, económicamente rentables, que se venden como "democracia en acción"; y (b) instituciones financieras y *think tanks* muy poderosos, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), los bancos centrales, y las agencias de calificación crediticia como Moody's, Standard & Poor's y Fitch Group. La mala calificación crediticia de un país por parte de estas agencias puede causar importantes estragos en su situación monetaria, financiera y económica, condenando a su gobierno a hundirse y ser remplazado. Así es como durante las turbulencias financieras de estos últimos años varios gobiernos han sido sustituidos en países como Grecia e Italia – ya no es necesario un cambio de régimen al estilo tradicional o militar, el golpe de estado financiero "blando" diseñado por el FMI y/o las agencias de calificación serviría para los mismos fines de manera incluso más eficaz.

Guerra de clases a escala mundial

Como se ha señalado, todos los planes y guerras de cambio de régimen, tanto si se emplean los medios militares tradicionales o la fuerza "blanda" de los gigantes financieros, básicamente escenifican una cosa: una guerra de clases a escala mundial disfrazada, una implacable guerra económica de la oligarquía económica-financiera del 1% contra el resto de la población mundial.

La lucha de clases en una sociedad jerarquizada económicamente no es nueva. Lo que sí es relativamente novedoso en estos últimos años de guerra del 1% contra el 99% es su intensificación, su escala generalizada, el carácter global de su orquestación. Aunque los ataques de austeridad neoliberal a las condiciones de vida de las personas en los países capitalistas centrales comenzaron (formalmente) con la llamada economía de la oferta del presidente Ronald Reagan y la primer ministro Margaret Thatcher hace más de tres décadas, la brutalidad de dichos ataques se ha incrementado en el marco de la actual crisis económica/financiera, que se inició con el crack financiero de 2008 en Estados Unidos.

Aprovechando el crack (como una *terapia del shock* económica, como dice Naomi Klein) la oligarquía financiera y sus representantes en los gobiernos de los países capitalistas centrales han estado dando un golpe de estado sistemático contra la gente, cuyos daños incluyen:

- La transferencia de decenas de billones de dólares públicos a la oligarquía financiera, recortando sin piedad e imponiendo medidas de austeridad;
- Un amplio programa de privatización de activos y servicios públicos, incluyendo monumentos históricos irremplazables, valiosos bienes culturales y servicios sociales como la sanidad, la educación y el suministro de agua;
- La sustitución de programas públicos sociales por políticas empresariales/bancarias de bienestar social;
- La asignación de la mayor parte de la generosidad monetaria del gobierno (y de la creación de crédito en general) a inversiones especulativas en vez de productivas;
- El deterioro sistemático de las jubilaciones de millones de trabajadores (tanto manuales como no manuales) y funcionarios;
- El cada vez más descarado control de las políticas económicas y/o financieras por parte de los representantes de la oligarquía financiera.

Combinadas, estas políticas han agravado significativamente la ya de por sí asimétrica distribución de ingresos/riqueza en estos países. Los recortes generalizados en el gasto social han supuesto una enorme transferencia de recursos económicos hacia arriba. De hecho, dicha transferencia es superior a las pérdidas de los especuladores financieros en 2008. En Estados Unidos, por ejemplo, el 1% más rico posee en estos momentos el 40% de toda la riqueza del país; mientras que el 80% inferior tan solo posee el 7%. Asimismo, ese 1% más rico concentra el 24% del ingreso total del país, comparado con el 9% de hace cuatro décadas [4].

Esto demuestra que, como se señaló anteriormente, aunque los ataques neoliberales contra el 99% en los países capitalistas centrales puedan parecer menos violentos que los que proliferan, por ejemplo, en Venezuela, Siria o Ucrania, sus repercusiones financieras en las condiciones de vida del 99% de la población no son menos devastadoras.

Los plutócratas del mundo se han unido

Las políticas de cambio de régimen normalmente son diseñadas y ejecutadas en un marco de colaboración por plutocracias transfronterizas, es decir, por las oligarquías financieras de los países imperialistas en connivencia con sus contrapartes locales de los países menos desarrollados. Además de estar constantemente elaborando estrategias entre bastidores, los representantes transnacionales del capital y sus agentes en los gobiernos capitalistas también se reúnen habitualmente en conferencias internacionales para sincronizar sus negocios transfronterizos y sus políticas financieras – uno de cuyos grandes ejes en estos últimos años ha sido implementar medidas de austeridad globales y consolidar las políticas neoliberales a nivel mundial. Esos espacios de encuentro incluyen el Foro Económico Mundial de Davos (Suiza), las reuniones anuales del FMI, las cumbres del G20, el Festival de Ideas de Aspen, la reunión anual del Club Bilderberg, y la conferencia anual de Sun Valley (organizada por Allen & Company en Idaho, Estados Unidos) que reúne a los magnates de la comunicación, por nombrar solo un puñado de los muchos encuentros internacionales de este tipo.

Mediante estas estrategias y operaciones globales, el capital transnacional se ha liberado de las restricciones nacionales y los compromisos en casa y ha modificado con éxito la correlación de fuerzas de clase y los pactos sociales en todo el mundo. Las actuales elites del capitalismo global "se están volviendo una comunidad trans-global de pares, que tienen más en común entre sí que con sus compatriotas en casa", escribe Chrystia Freeland, Global Editor de *Reuters*, quien acompaña a las elites en sus viajes por el mundo. "Tanto si tienen su primera residencia en Nueva York como en Hong Kong, en Moscú o en Bombay, las personas súper ricas conforman, cada vez más, una nación en sí mismas", añade [5].

Consecuencias para la globalización desde abajo

¿Qué conclusiones puede sacar el 99% de todo esto? ¿Qué pueden hacer los trabajadores y otros actores de base para proteger sus trabajos, sus medios de vida, sus comunidades y su medio ambiente? ¿Qué pueden hacer las comunidades y la gente corriente para socavar las estrategias del 1% global que impide reformas económicas y sociales progresistas y sostenibles? Del mismo modo que, en su lucha contra los trabajadores, las elites del capitalismo internacional no están vinculadas a un territorio ni a un estado, la clase trabajadora necesita coordinar su respuesta internacionalmente.

Un primer paso lógico para frenar la estrategia del capital transnacional de chantajear a los trabajadores y a las comunidades con amenazas, como la de destruir o exportar empleos mediante la deslocalización de sus empresas en algún otro lugar, sería eliminar todo aquello que incentiva la relocalización de una planta, la externalización o la fuga de capitales. Contar con unos costes laborales de producción equiparables a nivel internacional sería esencial para tal fin. Esto supondría adoptar las medidas necesarias hacia el establecimiento de salarios y beneficios internacionales, es decir, hacia la paridad de los costes laborales dentro de la misma empresa y el mismo negocio, sujetos a (a) el coste de la vida, y (b) la productividad en cada país.

Una estrategia de este tipo reemplazaría la actual competición a la baja entre trabajadores de distintos países por negociaciones coordinadas y políticas conjuntas en favor del interés mutuo y la resolución de problemas a escala mundial. Aunque esto pueda parecer radical, no lo es más que lo que está haciendo el 1%: coordinar sus estrategias anti-99% a escala mundial. Si en una etapa anterior del desarrollo capitalista el "trabajadores del mundo, uníos" parecía un sueño extravagante del destacado defensor de los trabajadores, Karl Marx, la internacionalización del capital, la abundancia de recursos materiales y los desarrollos tecnológicos que han facilitado en gran medida la organización y coordinación transfronteriza de las acciones del 99%, han convertido ese sueño en una necesidad urgente.

Dado que el capital y el trabajo son la piedra angular del sistema de producción capitalista, sus respectivas organizaciones e instituciones evolucionan más o menos rápidamente en el tiempo y en el espacio. Por ello, cuando la producción era local, lo mismo ocurría con el trabajo: carpinteros, zapateros, albañiles y otros artesanos se organizaban principalmente en sus comunidades locales. Pero a medida que la producción capitalista se volvió nacional, otro tanto ocurrió con los sindicatos. Ahora que el sistema de producción capitalista se ha globalizado, las organizaciones del trabajo también necesitan internacionalizarse para salvaguardar sus derechos y los de sus comunidades frente a los caprichos lucrativos de un capital transnacional sin ataduras y sin compromisos.

Muchos afirmarían que este no es el mejor momento para hablar de alternativas radicales al capitalismo. El estado actual del panorama sociopolítico de nuestras sociedades parece respaldar el pesimismo. Los altos niveles de desempleo en la mayoría de los países del mundo y la consiguiente rivalidad entre los trabajadores de distintos países, combinado con la ofensiva neoliberal para imponer la austeridad a nivel mundial, han colocado a la clase trabajadora y otras iniciativas de base a la defensiva. La constante deriva de los partidos/gobiernos europeos socialistas, socialdemócratas y laboristas hacia la economía de mercado que se aplica en Estados Unidos y la erosión de su ideología, fuerza y prestigio han confundido a los trabajadores de sus respectivos países. El colapso de la Unión Soviética, pese a lo mucho que algunos socialistas se han distanciado siempre de ese sistema, agita el fantasma del socialismo, y es probable que lo siga haciendo por un tiempo. Todo ello, de forma comprensible, ha contribuido a la confusión y desorientación de los trabajadores y de otros actores de base mundialmente.

Sin embargo, nada de todo esto significa que no se pueda salir del *status quo*. El capitalismo no es solo "destrutivo", es también "regenerativo", como dijo Karl Marx. A medida que captura mercados mundiales, universaliza el reinado del capital y altera las condiciones de vida de muchas personas, siembra simultáneamente las semillas de su propia transformación. Por un lado, crea problemas comunes y preocupaciones compartidas para la mayor parte de la población mundial; por el otro, crea las condiciones materiales y la tecnología que facilita la comunicación y la cooperación entre esa mayoría de ciudadanos del mundo para plantear acciones conjuntas y soluciones alternativas.

Nadie puede saber cuándo la mayoría de la población mundial, el 99% global, adquirirá la conciencia y la determinación necesarias para apropiarse y utilizar la tecnología y los recursos materiales existentes con el fin de organizar y gestionar mejor la economía mundial. No obstante, el potencial y la trayectoria a largo plazo del desarrollo socioeconómico apuntan en esa dirección. La distancia que nos separa de ese momento, la distancia entre nuestras frustraciones inmediatas y esa esquivada sociedad mejor que deseamos, solo puede recorrerse si damos los pasos necesarios para aproximarnos a ella [6].

Referencias

1. Citado en Jan Nederveen Pieterse, *Globalization or Empire*. Nueva York y Londres: Routledge, 2004, p. 131.
2. *The Military-Industrial Complex*. Kansas City, MO: Pilgrim Press y National Catholic Reporter, 1970, p. 19.
3. Véase Ismael Hossein-zadeh, *The Political Economy of U.S. Militarism*. Palgrave-Macmillan, 2006, p. 88.
4. Henry Blodget, 'America Today: 3 Million Overlords and 300 Million Serfs', *Business Insider*, 10 de abril, 2013. <http://www.businessinsider.com/wealth-and-income-inequality-in-america-2013-4?op=1>
5. 'The Rise of the New Global Elite', *The Atlantic*, enero-febrero 2011, <http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2011/01/the-rise-of-the-new-global-elite/308343/>
6. Para un análisis detallado de estas cuestiones véase Ismael Hossein-zadeh, *Beyond Mainstream Explanations of the Financial Crisis* (Routledge, próximamente, 29 de abril de 2014), Capítulo 8.

Traducción de Sara Plaza

Ismael Hossein-zadeh es profesor emérito de Economía, Drake University, Des Moines, Iowa. Es el autor de *The Political Economy of U.S. Militarism* (Palgrave-Macmillan, 2007) y *Soviet Non-capitalist Development: The Case of Nasser's Egypt* (Praeger Publishers, 1989). Su último libro, titulado *Beyond Mainstream Explanations of the Financial Crisis: Parasitic Finance Capital*, será publicado próximamente por Routledge Books.

Artículo original en inglés publicado en *Political Economics* [<http://politiceconomics.info/docs/Global-War-on-the-99%25.pdf>]; en la revista *State of Nature* [<http://www.stateofnature.org/?p=7512>]; en *CounterPunch* [<http://www.counterpunch.org/2014/02/28/how-international-financial-elites->

change-governments-to-implement-austerity/]; y en *Global Research*
[<http://www.globalresearch.ca/war-regime-change-and-the-globalization-of-austerity-economics/5371481>].